

FRANCISCO SOSA WAGNER

Bohemios que hablaban alemán



LA BOHEMIA DE PRINCIPIOS
DE SIGLO XX ENTRE MÚNICH Y VIENA



Bohemios que hablaban alemán

Fin de siglo en Múnich y Viena

Francisco Sosa Wagner

Bohemios que hablaban alemán

Fin de siglo en Múnich y Viena

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: octubre de 2023

© Francisco Sosa Wagner, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-127456-0-3
Dep. Legal: M-29073-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Secession Group*, Vienna, 1902
En el interior de la cubierta: *El autor con Peter Altenberg en el Central de Viena*,
© Mercedes Fuertes, 2023

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Bohemios que hablaban alemán

Fin de siglo en Múnich y Viena

CAPÍTULO PRIMERO

Múnich.

El barrio bohemio de Schwabing: paisaje y paisanaje

I

SIEMPRE HE CREÍDO que era un privilegio vivir, como vivo, en el corazón de Viena. Hasta hoy..., cuando me veo obligado a oír desde mi salón los gruñidos descompuestos de un delincuente llamado Adolf Hitler celebrando la invasión de Austria, a la que va a convertir en una provincia de Alemania, de su siniestra Alemania. Lo hace en la plaza de los Héroes, a cinco minutos de mi casa.

Llevan años estos nazis enredando en la política austríaca desde que, allá por la primavera de 1934, Dollfuss, un oscuro sujeto que iba para clérigo, se erigió en dictador: asumió plenos poderes, reformó la Constitución para crear un engendro que él llamaba «Estado corporativo», prohibió u obstaculizó la actividad de los partidos, en fin, articuló las añagazas propias de quien quiere mangonear sin molestias. Se puso a los pies de Mussolini buscando su protección frente a los nacionalsocialistas alemanes, porque el estafalario caudillo italiano no partía peras todavía

con el feroz alemán. Dollfuss disfrutó poco de sus turbios manejos porque murió como consecuencia de las heridas que le infligieron unos bárbaros nazis austriacos, más golpistas que él, que entraron en la cancillería, le pegaron dos tiros y le dejaron morir con sádica indiferencia. Lo grotesco es que Dollfuss había sido encumbrado como «hombre fuerte» para poner orden en Austria cuando él era tan ridículo por su envergadura física y altura que el pueblo burlón le llamaba «Millimeternich».

Le sucedió Kurt Schuschnigg, un pobre diablo víctima del brutal deseo de Hitler de imponer en Viena un gobierno con ministros nazis. Asustado, Schuschnigg pensó convocar un referéndum para conocer la opinión de los austriacos formulándoles una confusa pregunta que en el fondo planteaba el problema de la anexión a Alemania, un asunto tedioso, pues llevamos hablando de ello muchos, muchos años.

La ocurrencia de Schuchsnigg encolerizó a un personaje como Hitler, que, ¿para qué engañarnos?, es proclive al enfurecimiento y a la vociferación, de manera que decidió acabar con las amenazas verbales para pasar a la acción. Desde hace una semana, los nazis campan a sus anchas por Viena y por las ciudades austriacas sin que el Gobierno pueda contenerlos, han empezado a detener a las autoridades que consideran poco fiables y desde el pasado día 12 las tropas alemanas mancillan, ya sin rubor alguno, el suelo austriaco.

Hitler se ha apresurado a venir a su tierra natal, un pueblecito ribereño del río Inn, y desde allí, aclamado por centenares de austriacos enloquecidos e inconscientes, ha llegado a Viena. Sus secuaces han organizado el acto que en estos momentos se está celebrando en mi querida plaza de los Héroes, por donde me gusta pasear cuando está silenciosa y apacible y sus colores son, en los atardeceres, de un azul perlado.

La anexión está expresamente prohibida por los acuerdos que se tomaron en Versalles al finalizar la guerra, pero Hitler sabe que los países occidentales no van a mover un dedo, porque nadie quiere enfrentarse a este forajido.

Los socialdemócratas, los comunistas, pero también los demócratacristianos y, en general, todo el que no sea nazi, apañado va de aquí en adelante en esta Austria de mis amores y de mis penas. Los judíos tendrán que escapar a toda velocidad y deshacerse, quienes sean ricos, de sus mansiones y joyas como puedan. Muchas gentes van a hacer grandes negocios, de manera que favorecerán su persecución. ¿Qué será de mi pobre médico, el doctor Kirschenbaum, su mujer y sus seis hijos, judíos observantes de la ley mosaica?

El panorama que se avecina es atroz.

Mi preocupación es máxima, no porque yo pueda ser objeto de represión, pues carezco de significación ciudadana, además no soy izquierdista y estoy bautizado como católico, tibio pero católico, apostólico y romano. Me apena la desgracia que se cierne sobre un país tan rico, tan alegre, tan... no sé, basta con decir que es el país del que soy hijo, el país cuya cultura admiro y cuya geografía e historia, que se han estirado y encogido como un mapa escolar plegable, me apasionan.

Mis paseos por el Ring, por la plaza de la catedral, por el Graben, por los parques, el Burggarten y el Volksgarten, cuya vegetación me gusta observar a partir de las primeras sonrisas primaverales, de los primeros olores húmedos... Estas inocentes expansiones voy a verme obligado a limitarlas, pues todo se llenará de estos bárbaros con sus uniformes, sus esvásticas, sus botas altas, su incultura y sordidez. A no tardar convertirán estos lugares sagrados para mí en escenarios de sus desfiles grotescos, de las luces de sus antorchas, de sus gritos y consignas, de sus ademanes

vomitivos... Se dibuja un horror estético que será mortaja de la limpieza y de la dignidad.

Han cerrado todas las tiendas, negocios y escuelas, y es un suplicio oír a toda hora cantar *Horst Wessel Lied* («La bandera en alto. Las filas firmemente cerradas...»).

Lo siento también por Dunkel, el golden que me acompaña en mis soledades y que se tendrá que acostumbrar a salir menos porque estoy seguro de que a él tampoco le agradarán las camisas pardas, los cantos destemplados y los brazaletes chirriantes de odio e ignorancia. No ladra nunca, pero, cuando Hitler empezó a dar berridos ante la multitud, emitió un breve gruñido de clara discrepancia.

Ante esta situación creada en Austria y de la que no espero más que desgracias, he decidido entretenerme escribiendo los recuerdos de mi vida en Múnich hace más de treinta años, a principios de siglo. Lo voy a hacer con desaliño, tal como esos recuerdos vayan saliendo sobre la base de notas que entonces fui tomando y acumulando entre mis papeles y otras observaciones que hago ahora hurgando en mi memoria. Vamos a ver si logro hilvanarlo todo.

He sido hijo único de una familia bien acomodada de la Viena de finales del siglo XIX, una casa con cocinera y *femme de chambre*. Mi madre era grácil, con aire acogedor de ave clueca; mi padre, por el contrario, era desmesurado y opaco. Fue un próspero empresario suministrador de las compañías ferroviarias que han construido por toda Europa la modernidad. El pobre se pasó la vida aspirando a que el emperador le distinguiera con un título de «*Freiherr*» o con la Orden Imperial de la Corona de Hierro o de lo que fuera, lo que

le interesaba a él, como burgués enriquecido, es que le llamaran los vecinos y sus empleados «*Herr Baron*» y pudiera ponerse en la tarjeta de visita «*von Schulze*». El emperador se murió primero y el imperio desapareció después, sin que mi padre llegara nunca a verse adornado con el brillo de la nobleza.

Yo estudiaba bien desde pequeño y en casa decidieron que me matriculara en la facultad de Derecho, lo que hice llegando a doctorarme de la mano del profesor Bernatzik, un hombre tan sabio como benevolente, pese a tener fama de fiero. Lo digo porque apadrinó mi trabajo doctoral cuando no creo que valiera gran cosa.

Convertido en *Herr Doktor* Volker Schulze, mi padre quiso que pasara a defender como abogado los intereses de sus empresas y negocios. Pero, ya desde el principio de mis años universitarios, el disciplinado hijo se fue rebelando contra unos usos y maneras, los propios de mi familia, que eran los de la burguesía finisecular vienesa, hasta atreverme a hacer burla de ellos.

Durante mi tiempo en la facultad fui amigo de lecturas heterodoxas a los ojos de mi familia. Por eso, y para evitar broncas, solía leer en algún café, el Pucher, donde veía a personajes muy encopetados de los ministerios k.u.k. (*kaiserlich und königlich*: imperial y real), a veces también en el Museum o en el Imperial o en el Parzival, me gustaba cambiar para observar de cerca al paisanaje. Cuando hacía buen tiempo, simplemente me sentaba en un banco del Rathauspark o me alejaba a los alrededores de Viena cuando los castaños estaban en floración y ofrecían su espectáculo de colores rojos oscuro, blancos y rosados. En casa escondía los escritos de Arthur Schnitzler o de Peter Altenberg y la revista *Die Fackel* de Karl Kraus debajo del colchón de mi cama; intentaba hacerme una idea estética leyendo a Hermann Bahr, sin conseguirlo, porque Bahr, famoso porque había hablado en el entierro de Richard Wagner

es... era —porque ha muerto hace unos años— persona que cultivaba las vueltas y revueltas al emitir sus juicios. Le debo, empero, muchas emociones estéticas, entre ellas, haber conocido a Ibsen.

También acudía —con algún compañero de la facultad— al café Central por ver a las personalidades que allí desayunaban, leían periódicos, despachaban la correspondencia, bostezaban... Porque aquel lugar ha sido siempre, como alguien escribió, «una organización de desorganizados».

A más de una de las conferencias de Kraus acudí y quedé maravillado por sus ojos azules vivísimos, por sus manos, finas y vigorosas, su voz musical tan poética y su gesticulación teatral y convincente, bordaba a Shakespeare y nos regocijaba leyendo algunos de los aforismos que él ideaba. Era también un mago imitando a personajes populares o políticos.

Frente a la seriedad de los estudios jurídicos encontraba en este mundo literario, en el roce superficial con él, el culto a lo superfluo, el encanto del diletantismo.

Un vienés, sea joven o viejo, sano o artrítico, no puede dejar de asistir a la ópera, de manera que las melodías más pegadizas del mozartiano *Don Juan* o de *La flauta mágica*, del Haydn de *Il mondo della luna* o del Rossini del *Turco...* o de *L'italiana...* y por supuesto el Puccini de *Tosca* y *La bohème* no tienen secretos para mí. Las operetas de Offenbach me han hecho siempre entrar en un estado especial, en el trance de un intenso gozo por la vida, pienso que me han dilatado los entresijos musicales que yo pueda albergar. Algo parecido me ocurría con el teatro. Aunque al Burgtheater acudí en menos ocasiones, fueron memorables, al menos para mí, la más significada de ellas para vibrar ante la forma de declamar de Josef Kainz, el Shylock de Shakespeare y también recuerdo con una emoción que no se ha extinguido una obra española de Calderón,

El alcalde de Zalamea, con el gran Baumeister, un ídolo ante el que se paraban las gentes por las calles, en el papel principal. A Kainz le vi hacer también de Tartufo, personaje del que me he acordado muchas veces en el trato con mis semejantes.

En casa eran muy aficionados, cuando celebrábamos un cumpleaños o algún contrato sustancioso de mi padre, a acudir al café Zögernitz, donde se oían y se bailaban los vals de Strauss, incluso donde el mismo Strauss había dado conciertos hasta hacía pocos años.

Cuando pasábamos en la facultad un examen duro, nos íbamos un grupo de amigos al Prater, a recorrer allí los cafés y los «locales de placer», donde veíamos —sin tocar más que ligeramente— a bellas señoritas, gráciles, sonrientes y complacientes. O a beber cerveza en el centro de Viena, en el Graben, en la gigantesca cervecería Zur Tabakspfeife, que, por cierto, se demolió por la época en la que yo volví a Viena. Viví momentos de nostalgia cuando la vi derrumbarse, cualquiera sabe por qué decisión administrativa o acaso de la propiedad misma del mítico local. Paseábamos también mucho por la Kärntnerstrasse, una calle tan viva, con sus tiendas visitadas por damas elegantes tocadas con sombreros barrocos, atravesada por tranvías de caballos y algún coche que se atrevía a desafiar su imagen tradicional, entrañable para cualquier vienés. La Kärntner es un pariente cercano y querido de cada uno de nosotros, lo que no ocurre con todos los parientes.

En mi casa todo o casi todo era muy envarado, como tinto por un artificio entonces ya fuera de lugar. Mi padre rara vez me besó, me alargaba la mano para que yo se la besara, lo cual en aquellos años llamaba la atención. Recuerdo que una tarde, cuando estaba de visita en casa un joven cura, primo mío lejano, que acababa de ser propuesto para ocupar un obispado en provincias,

yo hice comentarios mordaces sobre la Iglesia e incluso sobre el papa León XIII. A su marcha recibí una reprimenda de mi madre, a la que vi encolerizada con una vehemencia para mí desconocida. Luego fue mi padre quien, pese a no ser muy eclesiástico, se apuntó a los excesos verbales, igualando o superando en furia a la de mi madre, tan dulce como ella me había parecido siempre.

Como doctor en Derecho tenía muchas posibilidades de ingresar en algún ministerio k.u.k., como se les designaba en aquella época en la que aún vivía, hecho una pasa, pero vivía, el emperador Francisco José. Hice al efecto mis averiguaciones, porque quería evitar convertirme en un empleado de mi padre y pensar en los pleitos derivados de sus negocios me producía un tedio pegajoso por lo intenso. En un ministerio tendría mayor libertad para dedicarme en los ratos libres a algo que nada tuviera que ver con el derecho, los códigos, los expedientes y los tribunales. Bernatzik, a quien pedí consejo, me dijo que no iba con mi carácter quedar vinculado a los negocios de mi padre, con lo que demostró el profesor haberme conocido bien pese a que nunca tuvimos un trato frecuente. Prometió hablar de mí a un amigo suyo, poderoso político.

Inquieto y caviloso por mi futuro estaba cuando se produjo un hecho inesperado. Un tío mío, hermano de mi madre, murió de repente apenas cumplidos los sesenta años. Una fulminante angina de pecho se lo llevó para conocer de cerca la Verdad. Yo había tenido con él desde que entré en la universidad una relación asidua, porque él era marchante de cuadros y a mí me gustaba que me enseñara los que colgaban en las paredes de su galería y los que exhibía en exposiciones. Aunque vendía lo que podía y caía en sus manos, su especialidad eran los impresionistas, razón por la cual viajaba mucho a París. Al advertir mi interés, me contaba, sentados en el café Landtmann, sus experiencias en aquella ciudad que le

fascinaba, sus trucos para que los artistas le confiaran sus cuadros y los modos que había desplegado para que el público austriaco los apreciara. Fue así como conocí la pintura de muchos franceses y también de jóvenes austriacos y alemanes como Gotthardt Kuehl, Wilhelm Leibl, Lovis Corinth, Fritz von Uhde y, por supuesto, Max Liebermann. También de algún húngaro como László Páal, cuyos paisajes de Transilvania me cautivaron, de él sabía, además, que había empezado a estudiar Derecho en Viena y, aunque abandonó, eso le convertía en una especie de compañero.

Este activo negociante, mi tío Tobias, solitario, soltero, de vigorosos ademanes, cascarrabias inofensivo, aliviaba sus exigencias corporales con una señorita húngara de la que me solía hablar:

—Es muy joven, procede de un pueblo de montaña y trabaja aquí como empleada de una juguetería. Yo le pago su vivienda y sus gastos más importantes. Es muy cariñosa conmigo.

Podía permitírselo Tobias porque, con el trasiego de los cuadros, había logrado hacer una fortuna notable. Una parte de la cual resulta que me fue atribuida en su testamento. Jamás lo hubiera podido soñar. porque nunca pensé ni en el dinero que podía tener ni en su muerte tan próxima. Menos aún que me tuviera tan cercano en sus afectos.

Tardé un tiempo en reponerme del susto que me llevé cuando fui requerido por carta a comparecer en una notaría. Allí se leyó el testamento de mi tío que escuchamos mi madre, su única hermana, y unas pocas personas para mí desconocidas, entre ellas una mujer joven y atractiva que sería —pensé— quien le calmaba en la cama.

Lo cierto es que me vi de pronto disponiendo de una cantidad de dinero —miles de coronas— que me hizo ver la vida de una manera más risueña. Mi padre se lanzó sobre mí para que comprara

una casa en Viena, sabía de algunas magníficas, unas tierras no sé dónde, arte para especular «como había hecho Tobias»... Confieso que le di muchas vueltas a estas propuestas y a otras que me sugirieron amigos. También le pedí consejo a Bernatzik:

—Le transmito mi alegría —me dijo afectuosamente el profesor— y le doy un consejo: haga lo que le apetezca a usted y solo a usted. No se deja presionar por nadie y atienda sus deseos. Así debe ser porque es usted un joven con la mente despierta, con la mente, ¿cómo diría yo?, esponjada. Usted no es un ser rutinario, esa es, al menos, la impresión que yo tengo.

La voz de Bernatzik la estuve oyendo resonar en mis interiores varios días. Y fue su eco el que me llevó a preguntarme por qué no lo empleaba en salir de Viena, en viajar, atraía especialmente mi interés la cultura joven e irreverente, el mundo de la bohemia de la que Tobias me había hablado al haberla conocido —y muy de cerca— en París. Ponderaba mi tío el ingenio y la desenvoltura de quienes eran calificados como «bohemitos»: unos escribían prosa; otros, versos; muchos pintaban o esculpían o grababan o simplemente se dedicaban a esparcir dichos chispeantes y maldades con gracejo en las tertulias de los cafés y en las noches de cabaré, con cantantes a veces hombres, a veces mujeres, en ocasiones las dos cosas, sujetos equívocos, que ponían música a picardías o a abiertas obscenidades. Fundaban revistas, las enterraban no bien habían aparecido unos pocos números, o editoriales que también llevaban una vida azarosa, tenían amantes sin importar mucho el sexo, vivían en casas llenas de cachivaches absurdos o en pensiones que eran la prolongación artificial de sus vidas desmesuradas.

En Viena había una cierta bohemia artística que se ha movido siempre en torno a los cafés y, por tanto, no era necesario ir muy lejos para conocer ese ambiente. Pero en Viena ya estaba y lo que yo desea-

ba era cambiar el paisaje, porque lo cierto es que no conocía más que Salzburgo, Innsbruck y Bad Ischl, el balneario imperial, destinos de un esparcimiento que se permitían mis padres algunos años, cuando arreciaban las molestias que sufrían. Debo decir que mi padre vivía de los ferrocarriles, pero en muy pocas ocasiones se subió a ellos.

París habría sido mi destino preferido si hubiera sabido manejarlo con el francés, pero sabía muy poco. Además, nunca me gustó, acaso porque el profesor que tuve, un sujeto tosigo, de malas pulgas, oriundo —creo— de Estrasburgo, en todo caso, alsaciano, me alejó del idioma, lo que siempre he lamentado.

De manera que, para salir de aventura, como el héroe de la novela española de Cervantes, no era mal destino la ciudad de Múnich, que gozaba —esa sí— de fama ilustre cuando de la bohemia y de los bohemios se hablaba.

¿Hace falta decir que mi padre puso el grito en el cielo y que mi madre hipó y lloró mucho? Mi padre maldecía el nombre de Tobias, a quien siempre tuvo precisamente por un bohemio y un tramposo que se aprovechaba del arte ajeno. No creo que llegaran a cruzar en su vida de cuñados arriba de una docena de palabras. Mi madre buscó el consuelo en el joven sacerdote que estaba esperando el anillo episcopal, quien compuso variados y extremados visajes para acabar sentenciando:

—No se preocupe, tía —la llamaba tía—, Dios lo ha querido y lo importante es que usted rece mucho por él. Yo le prometo que así lo haré también, es más, le ofreceré la primera misa del mes de mayo todos los años, mientras dure su perdición.

Ella me lo contó en su inocencia con esas palabras.

Mis amigos me entendieron y me envidiaron, porque ellos andaban en los garitos oficinescos del k.u.k. austrohúngaro entre telarañas y rigideces jerárquicas. Bernatzik, siempre comprensivo,

soltó una carcajada enorme y me dio la enhorabuena. En aquella ocasión me presentó a su hija, jurista que se había doctorado, una hazaña entre las mujeres de principios de siglo. Luego, en estos años posteriores, sé que ha llegado a ocupar una cátedra o algo parecido.

Uno de estos amigos me dio un buen consejo:

—Has de asegurar la rentabilidad de los dineros que has recibido en herencia. Lo mejor es que acudas a un banco y te pongas en contacto con un asesor de confianza.

Yo no tenía asesor de confianza, pero se me ocurrió pedir al notario que había autorizado el reparto de la herencia un nombre fiable. Este me lo dio aclarándome que trabajaba en el Volksbank. Allí me hicieron firmar un rimero interminable de papeles y, con el aseguramiento de que yo tendría disponibilidad en Múnich para gastar con medida pero sin preocupación, salí de aquel templo tan hermético para mí como los eclesiásticos.

El día antes de subir al tren hacia Múnich vía Salzburgo, tomé el tranvía de caballos que llevaba al cementerio de Viena. A su entrada compré un ramo de flores, que deposité, musitando unas palabras de agradecimiento, en la tumba de mi tío Tobias. Lo coloqué junto a otro bien fresco que llevaba una cinta donde se leía «Mariska»: sin duda su amante húngara. ¡Qué ternura la de esta mujer, extraña viuda...!

II

Buena parte de las horas de viaje y de espera en Salzburgo las pasé con Arthur Schnitzler, quiero decir leyendo el monólogo de su

novela *El teniente Gustl*, la pelea —absurda, propia de esta sociedad desquiciada— del joven oficial con un panadero a la salida de un concierto y cómo nace en el militar la idea del suicidio y también cómo empieza a desvanecerse cuando pasa por el Prater y advierte la belleza de los colores de la naturaleza y sus hospitalarios olores... Es una narración que va ganando en tensión cuando nos metemos en el tiovivo de las elucubraciones de Gustl, hasta el desenlace, facilitado por la muerte inesperada del panadero. Consideré entonces y sigo considerando ahora que es una pequeña obra maestra de Schnitzler, por lo que no extraña el éxito que tuvo desde su aparición como folletín en la *Neue Freie Presse*, el periódico de Viena que miles de vieneses leíamos y leemos.

Tuve tiempo también de hojear, siempre acunado por el traqueteo del tren, las ocurrencias —ligeras unas, profundas otras, siempre afiladas— que Peter Altenberg incorpora en su libro *Lo que el día me trae* y recordaba que más de una vez había visto a Altenberg en el café Central acodado a la mesa, con sus enormes y fluyentes bigotes, con una cuartilla delante a la que se inclinaba de vez en cuando para escribir en ella. Cuando decidí viajar a Múnich para conocer el mundo de la bohemia estuve a punto de acercarme a él para hablarle de mi proyecto, porque Altenberg encarna como nadie la bohemia vienesa. Es el bohemio modelo, el arquetipo. Pero no me atreví, víctima de la timidez de la juventud o de cualquier otro de los disparates de esa edad.

Cuando llegué a Múnich las calles estaban todavía con restos de nieve, pero ya se podía aventurar que el sol se encargaría de despedirla del paisaje. Estaba claro que la naturaleza, avivada por un calor tibio y maternal, se trastornaba haciendo guiños a una primavera inminente. El día despejado abrió sus alas y acogió un alborozo incipiente pero vigoroso. Se veía a gentes presurosas, con